

tinuación del de las niñas indias, que también debía su origen á los franciscanos. Sea como fuere, el *Colegio de Niñas* cambió de destino con el tiempo. En el de Betancurt estaba destinado á veinticuatro *españolas*, con dote de á quinientos pesos. El colegio se conservó hasta 1861, en que despojado por el gobierno de casi todos sus cuantiosos bienes, no pudo ya sostenerse, y las colegialas pasaron al de S. Ignacio, ó de *las Viscainas*. El grandioso edificio que ocupaban fué vendido, y aunque se comenzó en él una grande obra para trasformarle en Hotel, hace muchos años que está suspensa, y todo abandonado. La iglesia despojada hasta del coro, continúa abierta al culto católico.



### UN CRESO DEL SIGLO XVI EN MEXICO.

**F**UE D. Alonso de Villaseca el vecino más notable de aquella época por sus grandes riquezas é insignes liberalidades. Era natural de Arcicola, lugar pequeño de la diócesis de Toledo, é hijo de Andrés de Villaseca y de Teresa Gutiérrez de Foranzo, hidalgos. No se sabe de fijo el año de su venida á la Nueva España; pero fué antes de 1540. Casó aquí con D<sup>a</sup>. Francisca Morón, hija de padres tan ricos, que entre las varias haciendas que poseían había una en que se marcaban anualmente veinte mil crías de ganado mayor. D. Alonso llegó á ser *el rico* de la Nueva España por excelencia, y para ponderar la riqueza de alguno se decía «es un Villaseca.» No aumentó su caudal con el comercio, ni hacía gran diligencia para sa-

car el producto de sus bienes: sus mayordomos le daban lo que querían, y él tomaba lo que ellos le daban. Poseía haciendas de labor y de ganado mayor y menor, muchas casas en México, y ricas minas en Pachuca é Ixmiquilpan: los esclavos eran tantos, que no los conocía, y solía preguntarles de quién eran. Su caudal se estimaba en millón y medio de pesos, y las rentas en ciento cincuenta mil ducados: cantidades muy crecidas, si se considera el mayor valor de la moneda en aquella época. Era de carácter desapacible: gustaba de dar, pero su semblante no mostraba mucho gusto en que le pidiesen, y ménos en que le diesen gracias por algún beneficio recibido. Huía del trato y la amistad con los grandes y personas distinguidas, viviendo casi siempre, retirado en su hacienda de minas de Ixmiquilpan, donde al fin le sorprendió la muerte el 8 de Septiembre de 1580. Embalsamado su cadáver, se trajo á México, y estuvo depositado tres días en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, mientras se disponía el entierro, que fué solemnísimó, con asistencia del virrey, audiencia, tribunales, arzobispos y ambos cabildos, eclesiástico y secular. Al salir el entierro se presentaron para cargar el cuerpo los principales padres jesuitas, y por otra parte acudieron

al mismo tiempo, con igual pretensión, los oidores de la real audiencia: *acción bien extraordinaria*, dice con razón un cronista. Los jesuitas alegaban los beneficios que debían al finado, y la audiencia el gran servicio que el mismo había hecho al rey, «cuando estando en una ocasión que gobernaba la real audiencia, amenazando un alzamiento ó tumulto á la ciudad de México, Alonso de Villaseca apareció de repente en la plaza á vista del palacio, con un escuadrón de á caballo de doscientas lanzas, de sus familiares y criados españoles de sus haciendas, todos muy prevenidos de armas, pagados y sustentados á sus expensas; y capitaneados por él, armado de todas armas, se ofreció con toda aquella gente por entonces y siempre que S. M. se quisiese servir de él.» Decidió el virrey la contienda en favor de los jesuitas, quienes tomaron el cadáver y le condujeron con gran pompa á su primitiva iglesia de *Xacalteopam*, fabricada por los indios de Tacubana en el lugar que había donado Villaseca, y era donde ahora está el colegio de San Gregorio. Allí estuvo el cuerpo, hasta que habiéndose concluido en 1603 la nueva iglesia de la Compañía, (llamada hoy de Nuestra Señora de Loreto), fué trasladado á ella, y se le erigió, por su yerno Agustín Guerre,

ro, un suntuoso sepulcro de mármol blanco, coronado con el escudo de sus armas. Este monumento ha desaparecido, como todos los de aquella época.

Los jesuitas fueron quienes más experimentaron la liberalidad de Villaseca. Fue el primero que pensó establecerlos en México, y al efecto envió fondos é instrucciones á España; pero en el intermedio vinieron á costa del rey. Llegados aquí, los socorrió con cien pesos, siendo ésta la primera limosna que recibieron, y á poco les cedió para su fundación los solares de que hemos hablado, agregando sucesivamente otros auxilios de materiales y dinero para la obra, ó de ornamentos y vasos sagrados para el culto. Pero no acababa de decidirse á formalizar la fundación del colegio como esperaban los padres. «Siempre austero, y al parecer intratable, vendía, muy cara á los padres la confianza que habían concebido de su piedad, despedidos siempre con dureza, bien que luego les mandaba mucho más de lo que habían tenido la mortificación de pedirle.» En fin por escritura otorgada en Ixmiquilpan á 29 de Agosto de 1576 les hizo donación de cuarenta mil *pesos de oro común*, para la fundación del colegio Máximo de San Pedro y San Pablo. Después envió cuatro mulas

cargadas con veinticuatro mil pesos: los diez y seis mil destinados para la obra del colegio, y los ocho mil restantes para hospitales y obras pías. Más adelante regaló unos magníficos relicarios de plata para las reliquias que los jesuitas habían recibido de Roma. Finalmente, en su última enfermedad hizo donación de dos escrituras: una de ocho mil pesos para el colegio, y otra de veintidós mil ciento once, de los cuales destinaba cuatro mil al Hospital Real, dos mil al del Marqués (hoy de Jesús), tres mil á las Recogidas, dos mil ochocientos á varias personas pobres y doncellas para tomar estado, y el resto á disposición del rector para los objetos que le tenía comunicados. Lo que en todo dió al colegio pasó de ciento cuarenta mil pesos. A la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe regaló una imagen de plata vaciada, con peso de treinta y nueve marcos, una colgadura de terciopelo de Granada, y otras cosas. El fué quien trajo á México la famosa imagen conocida con el nombre de «Señor de Santa Teresa.» En la Universidad dotó una cátedra de escritura; con quinientos pesos anuales. Su liberalidad no se limitó á la Nueva España, sino que pasando los mares, llevó cerca de cuarenta mil pesos á los pobres y parroquia de su patria, más de otro tanto dió á los San-

tos Lugares de Jerusalén, y excedió de diez mil pesos lo que destinó á la redención de cautivos. Después de su muerte se halló entre sus papeles, una carta del Papa S. Pío V, en que le agradecía una limosna de ciento cincuenta mil pesos hecha á la iglesia de San Pedro de Roma, y á los pobres de aquella ciudad; así como también se hallaron otras del Gran Maestre de la orden de San Juan en que le daba las gracias por más de sesenta mil pesos que le había remitido para reparar los daños causados por los Turcos en el largo sitio de Malta.

Tuvo D. Alonso de Villaseca una hija única, llamada D.<sup>a</sup> Mariana, que fué pretendida por los principales señores de México. Su padre la dejó en libertad de elegir, «presentándole al efecto los retratos de todos sus pretendientes.» El escogido fué Agustín Guerrero, hijo de Juan Guerrero de Luna, vecino muy rico también. D. Alonso fundó en favor de su hija un mayorazgo que valía más de un millón de pesos; pero ese caudal enorme para aquellos tiempos, fué decayendo tan rápidamente, que en 1692, decía el cronista de los Jesuitas: «Aquella poderosa parte de hacienda, apenas y con mucha escasez, sustenta ya una sola familia de marido, mujer y tres criaturas.» Hoy no queda ni memoria de ella.

El hijo primogénito de D.<sup>a</sup> Mariana, D. Alonso Guerrero de Villaseca, nació en 1576. Heredero del opulento mayorazgo de su abuelo, que ya administraba, y de una gran parte de los bienes de su padre; perito en las tres lenguas, latina, griega y hebrea, así como en las matemáticas: estimado generalmente, no sólo por su caudal sino por su gallardía, erudición y bellas prendas, renunció al brillante porvenir que le ofrecía el mundo, y entró á la Compañía de Jesús á la edad de treinta y cinco años, el 1.<sup>o</sup> de Febrero de 1611. Profesó de cuarto voto el 17 de Octubre de 1621, en el colegio de San Pedro y San Pablo de México, donde desempeñó por tres años las cátedras de Filosofía y Escritura. Falleció el 18 de Marzo de 1639 con fama de santidad (1).

[1] GRIJALVA, Edad III, cap. 19.—FLORENCIA, *Hist. de la Comp. de Jesús*, núms. 70, 120, 304—335.—ALEGRE, *Hist. de la Comp. de Jesús*, tom. I, págs. 61, 70, 113, 144, 145; tom. II, pág. 24.

